

# **Nuestro amigo Mustafa**

**Cuentos engarzados**





**Juan Rey**

# **Nuestro amigo Mustafa**

**Cuentos engarzados**

VI PREMIO IBEROAMERICANO DE RELATOS «CORTES DE CÁDIZ»

C colección  
CALEMBÉ



algaida



Un jurado presidido por Antonio Castillo, y compuesto Javier Reverte, Antonio Hernández, Miguel Ángel Matellanes, Raquel Martínez, José Manuel García Gil y Carmen Montes concedió a la obra *Nuestro amigo Mustafa*, de Juan Rey, el VI Premio Iberoamericano de Relatos «Cortes de Cádiz», patrocinado por la Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Cádiz.

La colección Calembé es una iniciativa de la Fundación Municipal de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz, y se publica en coedición con Algaida Editores.

Director de la colección: José Manuel García Gil

© Juan Rey, 2009

© Algaida Editores, 2009

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-198-5

Depósito legal: M-4537-2009

Impresión: Huertas I. G. (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Los cuentos que componen este libro no están basados en un hecho real sino en varios casos reales de los que he tenido noticia por la prensa, la televisión, los libros y, sobre todo, por los propios protagonistas que —ante un vaso de café con leche y un cenicero que poco a poco iba llenándose de colillas— me fueron contando sus sueños y decepciones, sus anhelos y fracasos.



## NOTA

Dado que el árabe tiene un sistema gráfico distinto al latino, la escritura de los nombres propios siempre plantea problemas. He desestimado el sistema internacional de transcripción, porque no es adecuado para una obra de este tipo; también he desestimado la interpretación gráfica del francés, que es la oficial en Marruecos; y he optado por escribir los nombres árabes a la española. Como sé árabe, he procurado transcribir los sonidos con nuestras letras, de la manera más aproximada, más simple, y además les he aplicado las normas de acentuación para que la pronunciación sea lo más similar posible.



## PRÓLOGO



**E**N LA PRIMAVERA DE 2002, CON MOTIVO DE UN CONGRESO sobre argumentación organizado por el Departamento de Filología Hispánica de la Facultad de Letras de la Universidad Sidi Muhámmad ibn Abdalláh, pasé unos días en Fes. Fue entonces cuando conocí a Mustafa ibn Yahia Málik, un alumno de cuarto curso cuyos colegas apodaban jocosamente el Badinyaní<sup>1</sup> porque era de Badinyán, una aldea remota. Dado que se expresaba bien en español, había sido seleccionado por la organización para atender a los profesores visitantes. Casualmente, me fue asignado como ayudante, guía turístico, intérprete (mi árabe era entonces rudimentario) y acompañante, pues estas eran las diversas funciones que desempeñaban Mustafa y sus compañeros.

Era un joven amable, algo tímido quizás, pero educado y atento. Enseguida congeniamos. Quería ser escritor, me confesó en uno de los descansos del en-

---

<sup>1</sup> El Berenjano.

cuentro. Su vocación era firme, según pude constatar en las jornadas siguientes, pero le faltaba aún mucho por recorrer, pues, a pesar de que había leído bastante, se trataba de lecturas heterogéneas y dispersas. Conocía bien la literatura clásica española, la francesa contemporánea y un poco de la norteamericana y la inglesa. Así que le recomendé que leyera a los suyos, a Dris Chraibi, Táhar ibn Yellun y Muhámmad Chukri, para contrarrestar su formación occidental.

Varios años después nos reencontramos en Tánger. Estaba yo sentado en una terraza del bulevar Pasteur cuando alguien me llamó. Hola, señor profesor, me dijo con una mezcla de admiración y protocolo marroquí. No lo reconocí al principio. Estaba muy desmejorado: mal vestido, con los ojos hundidos y el cabello enmarañado. Lo invité a sentarse, pero se resistió alegando que no estaba presentable. Logré que se tomara un café y un cruasán. Estaba desfallecido. Su padre había muerto, me explicó, y su situación familiar había cambiado repentinamente. Así que, como era el mayor, no tuvo más remedio que dejar los estudios y ponerse a buscar trabajo para sacar su familia adelante. Pero no había trabajo. Ante la falta de futuro, decidió pasar a España para buscar mejor vida, me dijo en su castellano aprendido en nuestros clásicos.

Durante casi dos semanas lo esperaba al atardecer en el café y lo invitaba a merendar. Era lo único que tomaba al día. Me di cuenta por la fruición con-

tenida con la que sorbía el café y devoraba los bollos de leche. También le daba de vez en cuando un poco de dinero. Aunque nunca me pidió nada, pues su educación le impedía no solo pedir, sino aprovecharse de mi sucinta generosidad.

Una de esas tardes se presentó con una carpeta y me rogó que se la guardara hasta el día siguiente. Lo esperé varios días, pero nunca más volvió. Por curiosidad, mientras aguardaba su regreso, abrí la carpeta y comencé a husmear. Contenía poco más de un centenar de folios escritos en árabe en los que se contaban las aventuras y desventuras de los muchachos que intentan pasar a Europa.

Viajé con la carpeta a España, pues no sabía a quién devolvérsela. Ya en casa, leí los folios con más detenimiento y entonces me percaté de que se trataba de un conjunto de relatos engarzados. Dado que mi árabe había mejorado notablemente y que los cuentos me resultaban interesantes, decidí traducirlos, si bien, tengo que agradecer desde estas páginas la inestimable ayuda prestada por Kamal Achiri, profesor del Departamento de Hispánicas, sin cuya desinteresada colaboración no hubiera visto la luz el libro que tiene usted en sus manos, estimado lector.

Me he limitado, pues, a trasladar los cuentos al español de la manera más adecuada posible. Como en el texto original no figuraba título alguno, me he tomado la licencia de titularlo *Nuestro amigo Mustafa*,

porque esta frase se repite en todos los relatos, aunque en ningún momento el autor especifica si se trata de él mismo, de algún amigo o de un personaje ficticio.

Nunca más he sabido de Mustafa. Visité varias veces Fes y pregunté por él. Nadie supo darme noticias tuyas. Tal vez pasó a España, donde rehízo su vida. Quizás se lo tragó la noche del Estrecho.